



á la Iglesia Romana, en reconocimiento del feudo, cuarenta mil ducados, y que no pudiese ser emperador, puesto que sin pretendello él le ofreciesen el imperio. El rey D. Jaime, alterado, como era razon, por el desastre y caída de Manfredo, su consuegro, revolvió en su pensamiento en qué manera tomaría enmienda de aquel daño. Así, apenas hobo dado fin á la guerra de Murcia, cuando se partió á lo postrero de Cataluña, para si en alguna manera pudiese ayudar á lo que quedaba de los normandos y apoderarse del reino, que por la afinidad contrada con Manfredo pretendia ser de su hijo.

En el entretanto, D. Alonso, rey de Castilla, se ocupaba en asentar las cosas de Murcia, llevar nuevas gentes para que poblasen en aquella comarca, edificar castillos por todo el distrito para mayor seguridad. No bastaba Castilla para proveer de tanta multitud como se requería para poblar tantas ciudades y pueblos. De Cataluña hizo llamar y vinieron muchos que asentaron en el nuevo reino. No dejaba asimismo, no obstante lo concertado, de ayudar de secreto á los de Guadix y á los de Málaga. Para quejarse de agravio y que el rey don Alonso no guardaba lo concertado, el rey de Granada en persona vino á Murcia. La respuesta que se le dió no fué á su gusto; volviéndose más enojado que vino; ocasion con que algunos señores, que de tiempo atrás ofendidos del rey D. Alonso se tenían por agraviados, hablaron en secreto con el moro, y le persuadieron á que de nuevo tomase las armas. El principal en este trato fué D. Nuño Gonzalez de Lara, hombre de gran ingenio, de grandes riquezas, y que tenía muchos aliados. Pretendía que el rey tenía hechos muchos agravios á D. Nuño, su padre, y á D. Juan, su hermano.

Deste principio resultaron nuevas alteraciones á tiempo que el rey se prometía paz muy larga y estaba asaz seguro de lo que se trataba, tanto, que era ido á Villa-Real para ver los edificios y fábricas que en el nuevo pueblo se levantaban. Dende despachó sus embajadores á Francia el año de mil doscientos sesenta y siete al rey San Luis para pedille su hija doña Blanca por mujer para el infante D. Fernando, su hijo mayor. Hecho esto, él se fué á la ciudad

de Vitoria, para donde el rey de Inglaterra le tenía aplazadas vistas y prometido que en breve sería con él para tratar cosas y negocios muy graves. Todavía no vino, sea mudado de voluntad, ó por no tener lugar para ello; envió empero á Eduardo, su hijo mayor, á tiempo que ya el rey D. Alonso era vuelto á Búrgos, y en sazón que la emperatriz de Constantinopla, huida de su casa y echada de su imperio, vino á verse con el rey: Balduino, su marido, y Justiniano, patriarca, echados que fueron de Grecia por las armas de Miguel Paleólogo, en el camino, segun se entiende, cayeron en manos del Soldan de Egipto. La emperatriz, por nombre Marta, con el deseo que tenía de librar á su marido, concertó su rescate en treinta mil marcos de plata. Para juntar esta suma tan grande fué primero á verse con el Padre Santo y rey de Francia: últimamente llegada á Búrgos el año del Señor sesenta y ocho deste centenario, suplicó al rey su primo solamente por la tercera parte desta suma. El rey se la dió toda entera, que fué una liberalidad de mayor fama que prudencia, por estar los tesoros tan gastados. Lo que principalmente los señores le cargaban era que con vano deseo de alabanza consumió en esto los subsidios y ayudas del reino, y para suplir sus desórdenes desaforaba los vasallos: los ánimos, una vez alterados, las mismas buenas obras las toman en mala parte.

Algunos historiadores tienen por falsa esta narracion, y dicen que Balduino nunca fué preso del Soldan de Egipto. Nos en esto seguimos la autoridad conforme de nuestras historias, puesto que no ignoramos muchas veces ser mayor el ruido y la fama que la verdad. El emperador Balduino, recobrada la libertad, por no poder volver á su imperio pasó á Francia, y en Namur, ciudad suya y de los sus Estados de Flándes, pasó su vida; por do parece que los condes de Flándes se pueden intitular emperadores de Constantinopla, no con ménos razon que los reyes de Sicilia pretenden el reino de Jerusalem. Por un privilegio dado á los caballeros de Calatrava, era mil trescientos dos, de Cristo mil doscientos sesenta y cuatro, á diez y siete de Octubre, se comprueba bastantemente que la iglesia de Toledo estaba vacante, y se



convence si los números allí no están estragados, cosa que suele acontecer muchas veces.

En lugar, sin duda, de D. Pascual, arzobispo de Toledo, ó este año, ó lo que más creo, algunos años ántes fué puesto otro D. Sancho, hijo de D. Jaime, rey de Aragon. Sospecho que el nuevo prelado, sea por su poca edad, sea por otras causas, se detuvo en Aragon ántes de arrancar para venir á su iglesia, que dió ocasion á algunos para poner ántes de su eleccion una vacante de no ménos que cuatro años. Queríale mucho su padre, que fué causa de venir por este tiempo á Toledo, como luégo se dirá.

Por el mismo tiempo en Italia andaban muy grandes alteraciones y revueltas, á causa que Corradino Suevo pretendia por las armas, contra la voluntad y mandado de los pontifices, restituirse en los reinos de su padre. Seguiale y acompañábale desde Alemania Federico, duque de Austria. D. Enrique, hermano del rey de Castilla, desde Roma se fué con él, donde tenía cargo de senador ó gobernador: su nobleza suplía, á lo que yo creo, la falta de otras partes y de su inquieto natural. Demas destes señores, los gibelinos por toda Italia tomaron su voz y en su favor las armas. Con esta gente y pujanza, rompió por el reino de Nápoles: en los Marsos, parte del Abruzo, cerca del lago Fucino, hoy el lago de Talliacozo, dió la batalla Corradino al nuevo rey Carlos que salió al encuentro. Vencieron los franceses, más por maña que por verdadero esfuerzo; fueron presos en la pelea Federico y D. Enrique, Corradino en la huida y alcance que ejecutaron los franceses con crueldad. Á Corradino y Federico en juicio cortaron en Nápoles las cabezas: nuevo y cruel ejemplo, que tan grandes príncipes, á los cuales perdonó la fortuna dudosa y trance de la batalla, despues de ella en juicio los ejecutasen.

En el entretanto en Aragon se levantó una liviana alteracion, á causa que Gerardo de Cabrera pretendia el condado de Urgel, con color que los hijos de su hermano D. Alvaro, poco ántes difunto, no eran legítimos. D. Ramon Folch, tío de los infantes de parte de madre, y otras personas principales, por compasion de

su edad y por otras prendas que con ellos tenían, se encargaron de amparallos. El rey don Jaime parecia aprobar la pretension de Gerardo, mayormente que traspasara su derecho en el mismo rey por no confiar en sus fuerzas. El rey de Granada por otra parte trataba de hacer guerra á los de Guadix y á los de Málaga, en prosecucion de su derecho, y por lo que poco ántes se concertó en la confederacion que puso con el rey D. Alonso, de quien extrañaba que de secreto ayudase á sus contrarios. Don Nuño de Lara y D. Lopé de Haro, por estar desabridos con su rey y enajenados, atizaban el fuego: prometían que si de nuevo tomaba las armas, se pasarían á él públicamente, no sólo ellos, sino otros muchos señores que estaban asimismo disgustados. Andaba fama destas prácticas, y se rugía lo que pasaba (que pocas cosas grandes de todo punto se encubren), pero no se podían probar bastantemente con testigos. Forzado, pues, el rey de la necesidad, se partió para el Andalucía. Hállase que este año á treinta de Julio dió el rey D. Alonso y expidió un privilegio en Sevilla, en que hizo villa á Vergara, pueblo de Guipúzcoa, á la ribera del rio Deva, y le mudó el nombre que ántes tenía de San Pedro de Ariznoa, en el que hoy le llaman.

Compuestas en alguna manera las cosas del Andalucía, entrado ya el invierno, fué forzado á dar la vuelta para recibir y festejar al rey D. Jaime su suegro, que venia á Toledo á instancia de D. Sancho su hijo, para hallarse presente á su misa nueva, que queria cantar el dia de Navidad. El dia señalado D. Sancho dió su misa de pontifical: halláronse presentes para honralle los dos reyes de Castilla y de Aragon, padre y cuñado, la reina su hermana, y el infante D. Fernando. Detuviéronse en Toledo ocho dias no más, porque el rey de Aragon, aunque se hallaba en lo postrero de su edad, ardia en deseo de abreviar y comenzar la jornada que pretendia hacer para la guerra de la Tierra Santa, sin perdonar á trabajo, ni hacer caso de los negocios de su reino que le tenían embarazado, muchos y graves, por la gran gana de ensanchar el nombre cristiano, y ilustrar en la Suria la gloria antigua de los cris-





tianos que parecia estar añublada: gran príncipe y valeroso, digno que le sucediera más á propósito aquella jornada.

Las cosas de la Tierra Santa estaban reducidas á lo postrero de los males y apretura. El reino que fundó el esfuerzo de los antepasados, la cobardía y flojedad de los que en él sucedieron, le tenían en aquel estado: además que los príncipes cristianos ocupados en las guerras que se hacían entre sí, por cumplir sus apetitos particulares, poco cuidaban del bien público y de la afrenta de la cristiana religión. El vigor y ánimo con que tan grandes cosas se acabaron, por la inconstancia de las cosas humanas se envejecía; y porque tantas veces los príncipes, sin provecho alguno por mar y por tierra, en gran número acudieran para ayudar á los cristianos los años pasados, la esperanza de mejoría era muy poca, y todos desalentados. Á la sazón se ofrecía una buena ocasión, que casi en un mismo tiempo despertó para volver á las armas á España, Inglaterra y Francia. Esta fué que los tártaros, salidos de aquella parte de Scythia, como algunos piensan, en que Plinio antiguamente demarcó los Tractaros, hecha liga con los de Armenia, habían acometido con las armas aquella parte de la Suria que estaba en poder de los sarracenos, con gran esperanza al principio de los fieles que podían recobrar las riquezas y poder pasado; pero después todo fué de ningún efecto, y se fué en flor lo que pensaba.

En el tiempo que Inocencio IV celebraba un concilio general en Leon de Francia, fueron por él enviados cuatro predicadores de la sagrada orden de Santo Domingo, cuya fama en aquella sazón era muy grande, á la tierra de los tártaros, para acometer si por ventura aquella gente áspera en su trato, dada á las armas, sin ninguna religión ó engañada, se pudiese persuadir á abrazar la cristiana. Con esta diligencia se ganó aquella gente; humanáronse aquellos bárbaros con la predicación, y comenzaron á cobrar afición á los cristianos más que á las otras naciones. El rey de aquella gente, que vulgarmente llamaban el gran Châm, que quiere decir rey de los reyes, no cesaba con embajadores que enviaba á todas

partes, de despertar los príncipes de Europa para que tomasen las armas. Acusábalos y dábales en cara que parecia no hacían caso de la gloria del nombre cristiano. Esta instancia que hizo los años pasados, y no se dejó los de adelante, en este tiempo se continuó con mayor porfía y cuidado, en particular envió al rey de Aragon en compañía de Juan Alarico, natural de Perpiñan (al cual el rey antes movido por otra embajada despachó para que fuese á los tártaros), nuevos embajadores, que en nombre de su rey prometían todo favor, si se persuadiese de tomar las armas y juntar en uno con ellos las fuerzas. Estos embajadores repararon en Barcelona; Alarico pasó á Toledo, y en una junta de los principales dió larga cuenta de lo que vió, y de toda su embajada; palabras y razones con que los ánimos de los príncipes no de una manera se movieron.

El rey D. Jaime se determinó ir á la guerra, magüer que era de tanta edad: D. Alonso su yerno y la reina alegaban la deslealtad de los griegos, la fiereza de los tártaros; todo con intento de quitalle de aquel propósito, para lo cual usaban y se valían de muchos ruegos, y aún de lágrimas que se derramaban sobre el caso. Prevaleció empero la constancia de don Jaime; decía que no era justo, pues tenía paz en su casa y reino, darse al ocio, ni perdonar á ningún afán, ni á la vida que poco después se había de acabar, en tan gran peligro como corrían los cristianos. El rey D. Alonso, por velle tan determinado, le prometió cien mil ducados para ayuda de los gastos de la guerra. Algunos señores de Castilla asimismo se ofrecieron á hacelle compañía en aquella jornada, entre ellos el maestre de Santiago y el prior de San Juan, D. Gonzalo Pereira. Concluidas las fiestas de Toledo, él se partió; en la ciudad de Valencia oyó los embajadores de los tártaros, y fuera dellos otro embajador del emperador Paleólogo, que le prometía, si tomaba aquella empresa, de proveelle bastantemente de vituallas y todo lo necesario. En Barcelona se ponía en orden y estaba á la cola una buena armada aperebida de soldados y de todo lo demás. Antes que se pusiese en camino, á ruego de su hija doña Violante, volvió desde Valencia al



monasterio de Huerta. Despedido de sus hijos y de sus nietos, sin dar á oídos los ruegos con que pretendían de nuevo apartalle de aquel propósito, volvió donde surgía la armada, en que se contaban treinta naves gruesas y algunas galeras.

Á cuatro de Setiembre día miércoles año de mil doscientos sesenta y nueve, hechas sus plegarias y rogativas como es de costumbre, alzó anclas y se hizo á la vela. Era el tiempo poco á propósito y sujeto á tormentas: en tres días llegaron á vista de Menorca; mas no pudieron tomar puerto á causa que cargó mucho el tiempo, y una recia tempestad de viento derrotó las naves y la armada: dejáronse llevar del viento, que las echó á diversas partes. El rey arribó á Marsella en la ribera de Francia, y desde allí por mudarse el viento aportó al golfo Agatense ó de Agde. Algunas de las naves que pudieron seguir el rumbo que llevaban, llegaron á Acre, pueblo de Palestina, entre las demás las naves de Fernan Sanchez, hijo del rey. Movido por las amonestaciones de los suyos, el rey se rehizo en Montpellier por algunos días del trabajo del mar; y arrepentido de su propósito, á que parecia hacer contradicción el cielo ofendido y enojado contra los hombres y sus pecados, puesto que menospreciaba cosas semejantes como casuales, ni miraba en agüeros, volvió á Cataluña sin hacer otro efecto.

En Castilla el rey D. Alonso llegó hasta Logroño, en su compañía Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, para recibir á su nuera, que concertado el casamiento en Francia, por Navarra venía á verse con su esposo. Las bodas se celebraron en Búrgos con aparato el mayor y más real que los hombres vieron jamás: don Jaime, rey de Aragon, abuelo del desposado, á persuasión del rey D. Alonso, y junto con él D. Pedro su hijo mayor, Philipe hijo mayor del rey de Francia, Eduardo príncipe y heredero de Inglaterra, el rey de Granada, el mismo rey D. Alonso, sus hermanos é hijos, y su tío don Alonso, señor de Molina, se hallaron presentes. De Italia, Francia y España acudieron muchos señores, entre ellos Guillen, marqués de Montferrat, de quien dice Jovio era yerno del rey D. Fernando. Hallóse otrosí el arzobispo de To-

ledo D. Sancho: quién dice que veló á los desposados. Con estas bodas se pretendía que el rey San Luis en su nombre y de sus hijos se apartase del derecho que se entendía tenía á la corona de Castilla, como hijo que era de doña Blanca, hermana mayor que era del rey don Enrique, como arriba queda dicho y juntamente refutado. Concluidas las fiestas, el rey D. Alonso acompañó al rey D. Jaime su suegro para honralle más hasta la ciudad de Tarragona.

Los ingleses y franceses pasaron más adelante que los aragoneses en lo que tocaba á la guerra de la Tierra Santa; pero el remate no fué nada mejor, salvo que por esta razón se hizo confederación entre Inglaterra y Francia. En París, en una grande junta de príncipes, compusieron todas sus diferencias antiguas; este fué el principal fruto de tantos aperebimientos. Señaláronse de comun consentimiento en Francia los términos y aldeaños de las tierras de los franceses y ingleses. Púsose por la principal condición que en tanto que San Luis combatía á Túnez, do pretendía pasar á persuasión de Carlos su hermano, rey de Nápoles, que decía convenir en primer lugar hacer la guerra á los de África, que siempre hacían daño en Italia y en Sicilia y en la Proenza, y á todos ponían espanto; que en el entretanto el inglés con su armada, que era buena, pasase á la conquista de la Tierra Santa. Hízose como lo concertaron, que Eduardo, hijo mayor del inglés, con buen número de bajeles, rodeadas y costeadas las riberas de España y de Italia, á cabo de una larga navegacion surgió en aquellas riberas, y saltó con su gente en tierra de Ptolemaide. Los primeros días, la ayuda de Dios le guardó de un peligro muy grande; un hombre en su aposento le acometió, y le dió, ántes que le acudiesen, una ó dos heridas; mataron aquel mal hombre allí luego; no se pudo averiguar quién era el que le enviara; díjose que los asasinos, que era cierto género de hombres atrevidos y aparejados para casos semejantes.

San Luis, con tres hijos suyos, primero de Marzo año de mil y doscientos y setenta, desde Marsella se hizo á la vela. Theobaldo, rey de





Navarra, puesto á su hermano D. Enrique en el gobierno del reino, con deseo de mostrar su valor y ayudar en tan santa empresa, acompañó al rey su suegro. Padecieron tormenta en el mar y recios temporales; finalmente, desembarcaron en Túnez; asentaron sus ingenios, con que comenzaron á combatir aquella ciudad. Los bárbaros que se atrevieron á pelear, por dos veces quedaron vencidos; despues desto, como se estuviesen dentro de los muros, llegó el cerco á seis meses. Los calores son extremos, la comodidad de los soldados poca; encendióse una peste en los reales, de que murieron muchos, entre los demas, primero Juan, hijo de San Luis, y poco despues, el mismo rey, de cámaras que le dieron, falleció á veinticinco de Agosto. Esta grande cuita y afan se acrecentára, y hobieran los demas de partir de África y dejar la demanda con gran mengua y daño (en tanta manera tenían enflaquecidas las fuerzas), si no sobreviniera Carlos, rey de Sicilia, que dió ánimo á los caidos. Hizose concierto con los bárbaros que cada un año pagasen de tributo al mismo rey Carlos cuarenta mil du-

cados, que era el que él debía por Sicilia y Nápoles á la iglesia romana y al papa; con esto, embarcadas las gentes, pasaron á Sicilia. No aflojaron los malés; en la ciudad de Trapania, que es en lo postrero de aquella isla, Theobaldo, rey de Navarra, falleció á cinco días de Diciembre. Esta fué la ocasion que forzó á dejar la empresa de la Tierra Santa, que tantas veces infelizmente se acometiera, y de dar la vuelta á sus tierras y naturales. Las entrañas de San Luis sepultaron en la ciudad de Monreal en Sicilia; el cuerpo llevaron á San Dionisio, sepultura de aquellos reyes, cerca de París. El cuerpo del rey Theobaldo embalsamado llevaron á Pervino, ciudad de Campaña en Francia, y pusieron en los sepulcros de sus antepasados. Su mujer la reina doña Isabel, el año luégo siguiente, á veinticinco de Abril, falleció en Hiera, pueblo de la Proenza; enterráronla en el monasterio llamado Barra. Á todos se les hicieron las honras y exequias como á reyes, con grande aparato, como se acostumbra entre los cristianos. Volvamos la pluma y el cuento á Castilla.

### CAPÍTULO XI

**De la conjuración que hicieron los grandes contra el rey D. Alonso de Castilla.—El rey de Portugal pide al de Castilla que le exima del homenaje que le habia ofrecido.—Se le concede esta gracia en una junta: los Laras y el infante D Felipe se sirven de este pretexto para causar alteraciones en el reino.—D. Alonso procura sosegarlos.—El rey de Aragon le da muy buenos consejos para este fin.—El rey de Granada excitado por los rebeldes entra en tierra de cristianos, llevándolo todo á sangre y fuego.—El rey D. Jaime intenta apartar de su propósito á D. Alonso, y no lo puede conseguir.—Discurso de D. Alonso al pontifice y á los cardenales.—Respuesta del papa.—No queriendo el papa condescender con otras pretensiones justas de D. Alonso, se vuelve á Castilla bufando de coraje.—No deja de llamarse emperador y llevar las insignias imperiales hasta que el papa lo prohíbe con censuras.**

El ánimo del rey D. Alonso se hallaba en un mismo tiempo suspenso y aquejado de diversos cuidados. El deseo de tomar la posesion del imperio de Alemania le punzaba á que las cartas de muchos con extraordinaria instancia le llamaban. Los grandes y ricos-hombres del reino andaban alterados y desabridos por las ásperas costumbres y demasiada severidad del rey, á que no estaban acostumbrados. Rugiase demas desto por nuevas que venian, que de África se aparejaba una nueva guerra con mayores apercebimientos y gentes que en ninguno de los tiempos pasados. Dado que Pedro Martinez, almirante del mar el año pasado, acometió y sujetó los moros de Cádiz que halló descuidados, era dificultoso mantener con guarnicion y soldados aquella ciudad é isla; por esta causa la dejarón al rey de Marruecos, de cuyo señorío antes era, resolución á propósito de ganar la voluntad de aquel bárbaro y sosegarle. El rey D. Alonso de Portugal envió á D. Dionisio, su hijo, que era de ocho años, á su abuelo el rey de Castilla para que alcanzase del libertad y exención para el reino de Portugal, y que le alzase la palabra que dió los años pasados y los homenajes. Tratose deste negocio en una junta de grandes; callaban los demas, y aun

venian en lo que se pedia por no contrastar con la voluntad del rey que á ello se mostraba inclinado.

D. Nuño González de Lara, cabeza de la conjuración y de los desabridos y mal contentos, se atrevió á hacer rostro y contradicción. Decia que no parecía cosa razonable disminuir la majestad del reino con cualquier color, y mucho ménos en gracia de un infante. Sin embargo, prevaleció en la junta el parecer del rey, que Portugal fuese exento; y con todo esto, la libertad de D. Nuño se le asentó más altamente en el corazon y memoria que ninguno pensara. Juntado este desabrimiento con los demas, fué causa de que D. Nuño y D. Lope de Haro, y D. Philippe, hermano del rey, se determinasen á mover prácticas perjudiciales al reino y al rey. Quejábanse de sus desafueros y de los muchos desaguizados que hacia: no tenían fuerzas bastantes para entrar en la liza, resolvieronse de acudir á las ayudas de fuera y extrañas. Así en el tiempo que el rey Theobaldo se ocupaba en la guerra sagrada, solicitó á D. Enrique, gobernador de Navarra, el infante D. Philippe que se fuese á ver con él, y hermanarse y hacer liga con aquellos grandes. Él, como más recatado, por no despertar contra sí el peso de una